

**Delegación 46 Sindicato Estatal de Trabajadores
al Servicio de la Educación**

**Reseña sobre los altares prehispánicos del Día de
Muertos en México**

Por: Aurelio Contreras Barrales

A lo largo de la historia, la cultura mexicana que ha logrado acuñarse generacionalmente hasta llegar a nuestros días, se ha caracterizado por tener en su proceso de consolidación la mezcolanza de distintos elementos externos que nutren su parafernalia y propician su perdurabilidad. Muestra de lo anterior se refleja en el tradicional festejo del Día de Muertos que año con año se celebra religiosamente entre los días 28 de octubre y 2 de noviembre, manifestando una antigua devoción social, convertida en festividad, por el recuerdo de aquellos seres queridos que han abandonado el firmamento para ascender hacia un nuevo estado incomprensible para el ser humano.



La tradicional celebración que comprende el Día de Muertos en México, de la cual resaltan sus vistosos altares, tiene sus raíces en la raigambre prehispánica, donde el culto a los fallecidos era una costumbre habitual. La creencia de una vida después de la muerte y de la estadía del elemento vital en algún espacio donde se alojaran sus inmortales esencias, alentaba a las sociedades indígenas a realizar una serie de rituales que facilitaran a las almas su ascenso al Mictlán.

La tradicional celebración que comprende el Día de Muertos en México, de la cual resaltan sus vistosos altares, tiene sus raíces en la raigambre prehispánica, donde el culto a los fallecidos era una costumbre habitual. La creencia de una vida después de la muerte y de la estadía del elemento vital en algún espacio donde se alojaran sus inmortales esencias, alentaba a las sociedades indígenas a realizar una serie de rituales que facilitaran a las almas su ascenso al Mictlán.



Con el advenimiento de la colonización hispánica, los nuevos pobladores trajeron consigo el bagaje cultural del cristianismo, el cual terminó por ser implantado en el diario vivir de las comunidades originarias hasta extinguir el paganismo que caracterizaba su devoción. La amalgama cultural reproducida de ambas colectividades contrapuestas trastocó el tradicional festejo del Día de Muertos; si bien ciertos factores mesoamericanos prevalecieron, conceptos de la cultura abrahámica fueron adheridos a los mismos, desde simbolismos teológicos hasta la colocación de objetos religiosos en los altares. Los referidos factores han sobrevivido al transcurrir de los siglos hasta convertirse en aspectos intrínsecos de la cultura nacional mexicana que permea en las prácticas ritualistas anuales de una gran parte de los habitantes de nuestra república



El día de hoy, frente a nuestra conspicua militancia sindical, los integrantes de la Delegación 46 con sede en la Benemérita Escuela Normal Veracruzana, presentamos una fiel representación de un Altar de Muertos que hace converger hasta nuestro presente las raíces históricas de una mexicanidad que, lejos de dejarse extinguir, día con día se robustece en nuestro núcleo social con miras a conservarse a perpetuidad.

“El Camino de las Almas hacia el Mictlán”

Por: L.E.O América Ochoa

Dicen los abuelos que cuando un ser deja el mundo de los vivos, su alma no se apaga...

Solo emprende un viaje largo, profundo y luminoso hacia el Mictlán, el lugar de los muertos.

Ahí, el alma atraviesa nueve caminos, guiada por el amor, la memoria y la fuerza de la naturaleza.

El portal del arco y la cueva

Este arco representa el umbral entre los dos mundos:
el de los vivos y el de los que ya han partido.

Deabajo, la cueva, la boca de la Tierra, el vientre de Tonantzin, madre creadora.

Por esta entrada sagrada comienza el camino de las almas hacia el Mictlán,
el retorno al origen del que todos venimos

Los nueve caminos del Mictlán

1. En el Itzcuintlán, el alma llega al gran río.

El perro xoloitzcuintle, compañero fiel, ayuda a cruzar sus aguas.

2. En el Tepetl Monamictlán, dos cerros
se abren y cierran.

Solo quien tiene corazón firme logra
pasar.

3. En el Iztepetl, el cerro de obsidiana, el alma se purifica.

Las puntas negras cortan el apego al mundo terrenal.

Por eso colocamos obsidianas o espejos: para reflejar lo que fuimos y soltarlo.

4. En el Cehueloyan, los vientos helados arrancan la carne del cuerpo,
dejando solo el espíritu.

El papel picado que se mueve con el aire nos recuerda este paso:
la danza del alma libre.

5. En el Paniecatacoyan, el alma flota entre las hojas.

Ya no pesa el cuerpo, solo el recuerdo.

Las flores secas y los pétalos caídos representan esta ligereza.

6. En el Timiminaloayan, vuelan flechas invisibles.

El alma debe cruzar sin miedo, aprendiendo de sus actos pasados.

Por eso, las varas o palos cruzados simbolizan las pruebas de la vida.

7. En el Teyolloqualoyan, los jaguares devoran el corazón del viajero.

Pero no lo hacen por crueldad, sino para liberar el alma del ego.

Por eso, los animales del altar nos recuerdan que todo corazón debe entregarse.



8. En el Itzmictlan Apochcalolca, las aguas negras lo cubren todo.
El alma atraviesa el olvido, se transforma, se vuelve una con la tierra.
Por eso, colocamos agua y espejos oscuros: reflejo del renacer.
9. Y finalmente llega al Chicunamictlán,
donde reinan Mictlantecuhtli y Mictecacíhuatl,
el Señor y la Señora del Mictlán.
Ellos reciben el alma con equilibrio, paz y sabiduría.
Aquí, las calaveras y la cueva representan su morada:
el descanso eterno, donde el ciclo de la vida vuelve a comenzar.

A lo largo del camino, el alma no camina sola.
La flor de cempasúchil ilumina su paso con el color del sol.
Su aroma intenso es la guía espiritual que conduce a casa.
Cada pétalo es una estrella encendida en el sendero que une
el mundo de los vivos con el de los muertos.
Así, el altar no es solo un homenaje:
es un mapa del alma, una puerta al recuerdo,
un vínculo entre los que fuimos, los que somos y los que seremos.
Cuando las velas se encienden y el copal perfuma el aire,
dicen los sabios que las almas llegan,
siguiendo el brillo del cempasúchil,
el aroma del maíz y el llamado del amor eterno.
Porque la muerte no es el final del camino,
sino el regreso al origen.

